

# un "nuevo cura" novelista

Después de la polémica levantada por la novela "Los nuevos curas", viene a propósito fijarnos en otras dos novelas, publicadas también en Francia, nada menos que por un *nuevo cura*, si no en edad, ciertamente en la mentalidad que en ellas refleja. Mentalidad de verdadera responsabilidad e inquietud sacerdotal como la inspira toda la renovación que sobresalta a la Iglesia de hoy. Mentalidad que está lejos de la ruda y parcial unilateralidad con que MICHEL SAINT PIERRE critica a los nuevos sacerdotes de los suburbios de París.

**Jean Montaurier**

Es el pseudónimo del Padre EDMUNDO FLEURY, párroco del pueblo francés de Randan. Si todo el día vive absorbido por las tareas de su ministerio pastoral, queda libre la noche para el hombre de letras que hace tres años se reveló; la circunstancia de sufrir del mal crónico de insomnios fomenta su actividad literaria. Desde que publicó la primera novela hasta hoy, ha recibido innumerables cartas de humildes párrocos como él, en las cuales le manifiestan cómo sintieron en su libro el portavoz fiel de su drama tan ignorado. Esto lo confiesa el propio Montaurier al comienzo de un artículo de la revista francesa *Ecclesia*, (octubre 1965) en donde se transparenta también su pesar por haberse acordado tan tarde de invitar a representantes de los párrocos como observadores en el Conci-

## I. RIBEIRO

lio. Fue una pena este lapso, cuando al fin de todo, en la realización práctica de su movimiento renovador, casi todo depende de aquellos que están cerca de las almas y que están diariamente con ellas. Llamados después de observadores de otras creencias y de las mismas observadoras, puede dar la impresión de que los párrocos continúan siendo mirados como zafios e ignorantes, casi un mal necesario, como los han representado algunas novelas. Sin embargo, ellos siguen renovando todas las mañanas la inviolable y perseverante fidelidad del Sí, a pesar de tener el No a flor de labios; sienten todavía que son necesarios a la Iglesia, como las gotas aparentemente inútiles que forman el mar o los infinitos granos de arena que constituyen el desierto.

Es esta inquietud sacerdotal la que se refleja en las dos novelas que Montaurier escribió hasta ahora y a las cuales nos vamos a referir en este artículo.

### 1.—“COMME A TRAVERS LE

#### FEU.” (1)

Con profunda alegría se ha recibido esta obra en París donde eminentes críticos, como Mauriac, la evocan calurosamente. Recibió tres premios, entre ellos *el gran premio católico de Literatura* 1962 y hoy está traducida a seis lenguas. El entusiasmo contagiado

también a los habitantes de Randan contentos de poder presenciar la imagen de su párroco en la pantalla de Televisión. Pronto llegaron los periodistas. Viéndose asediado por ellos, Edmundo Fleury respondió: “Mi persona no tiene nada interesante. Todo lo que tenía que decir lo he dicho en mi libro”. Recurramos, pues, al libro.

Se trata de un nuevo “*Diario de un cura rural*”, escrito ahora por un sacerdote y *cura rural* y no por un laico, como todas las novelas de “curas” aparecidas hasta hoy. De aquí la novedad que explica todo el interés polarizado sobre él. Mucho se había escrito sobre el “cura”; sólo él permanecía en el silencio. ¿Cuál sería su opinión sobre el secreto de su vida y misión y sobre todas las figuras que le pretendieron encarnar en las novelas? ¿Se podría él reconocer y mirar en las imágenes del “cura” elaboradas por los novelistas? Su interioridad aparece por primera vez en la obra de Jean Montaurier. Abramos esta narración donde el “cura” de Randan imagina lo que sería el diario de un verdadero cura rural.

#### Comienza el enredo

“*Comme a travers le Feu*”... se concentra sobre dos protagonistas: el párroco que lo escribe y su arcipreste. El primero, por ser el autor y actor central del diario, es también el que mejor se nos revela. Hombre sencillo y bueno, a los veinte años la llamada

de Dios le sacó de los quehaceres del campo que le iban a marcar para toda la vida. "*Sembraba trigo cuando otros estudiaban St. Tomás*", y, por eso, las costumbres contraídas en todos esos años le harán sentirse no sólo incómodo entre las sutilezas de la teología y refinamiento de la cultura, sino también poco adaptado a los convencionalismos ficticios de la vida social. Y de aquí su horror a las fórmulas y su timidez ante cualquier persona extraña, laico o clérigo. Los fracasos de sus primeros años sacerdotales han reforzado este complejo. Al querer imitar a S. Francisco en la renuncia total, vio que sólo había conseguido desprecio sin haber mejorado a aquellos que se beneficiaron de su desprendimiento. La uniforme simplicidad con que explicaba el Evangelio y la franqueza sin fórmulas diplomáticas le trajeron un nuevo fracaso. Su obispo le aconseja cambiarse de Diócesis.

He aquí ahora al *hombre prestado*, lanzando por sorpresa a una parroquia marítima, hace veinte años sin párroco, como si fuese un puesto de emergencia para su inutilidad. Apasionado por la tierra, con raíces profundas en su paisaje, siente necesidad vital de vivir en comunión poética con la naturaleza, pues sólo ella parece sincera cuando todos mienten. Esta tentación por todo lo que la naturaleza presenta de bello, si mantiene en su espíritu el escrúpulo de "*tener en el corazón fuentes que jamás fueron santificadas*", suaviza también su situación de "*hombre que nunca ha sabido triunfar*".

Pero el sufrimiento más íntimo y agudo es el que le viene de su celo de pastor perseguido y aparentemente inútil. Es un extraño para aquellos pescadores: los pobres le ignoran y los

poderosos e influyentes le espían prontos a la intriga. Nada de azul en su vida ni siquiera por parte de sus superiores que se dejan enredar por los "fariseos" que le rodean.

¿Qué hacer? ¿Petrificarse en el egoísmo con este nudo de esterilidad para sofocarle el corazón? Esto no lo permite la inquietud de su espíritu verdaderamente sacerdotal, pues ha jugado todo lo humano en la gran aventura del Reino de Cristo. No le queda más que avanzar en la noche y bajo la cruz donde el Amor de Dios se suspendió y lo dio todo; continuar el mismo gesto de fiel donación a sus hijos. Pero también esto será probado por un incidente que provocará la opción radical en los extremos límites en los que la esperanza puede ceder a la desesperación.

#### La prueba y la llave de una sonrisa

Después de quince años de trabajo pastoral, su arcipreste, hombre totalmente opuesto a él, de gran coraje, firme, sin sombra de complejos, con todas las dotes que a él le faltan y dedicado en extremo a sus fieles, huye de la parroquia para no comprometer el Evangelio con el "cáncer de la mentira y calumnia que la corroen". Gran peligro para él de llegar a desfigurar la Palabra frente al paganismo que cundía entre la gente. ¿Cómo podría aguantar más, sin traicionar su misión?

Las circunstancias se agravan. Le asaltan los vértigos del abismo del abandono. Avisa otra vez al obispo, que antes le negó el permiso de partir, y deja el pueblo para siempre, sin desesperar. Se va a ensimismar en el silencio con su sacerdocio "magnífico e inútil".

El párroco del pueblo costero, su súbdito, le da hospedaje fraternal, a pesar de su pobreza. Ejercitan juntos el ministerio y se aman como hermanos, sintiendo la repercusión de ese buen

---

(1) Galimard, París. 1962. La traducción Castellana: Editorial Estela, Barcelona, 1963.

ejemplo en la parroquia. A pesar de todo, la solicitud del párroco de hacer de buen samaritano y suavizar el alma herida del arcipreste con su amistad no provoca el sobresalto prometedor. Así continúa cerrado en su enigma como interrogación persistente que duele en la conciencia. La lucha se prolonga y la hora de la Gracia se hace esperar. Y el párroco, firme en su fe, espera también, obstinado en su único "método": amar al arcipreste hasta provocar el deshacerse de aquel obstáculo, imponderable quizá, pero que le había borrado los horizontes sacerdotales en la encrucijada de la prueba. Por consejo de otro colega abandonan los dos el enclaustramiento y se marchan al interior, a la tierra del párroco. Este, al reencontrar sus raíces, se siente sumergido en un baño de infancia y ternura que hace surgir toda la profundidad lírica y que se desborda en bellas páginas. Todavía esa alegría se iba a disipar porque él ya no existía sólo sino que había ligado inexorablemente su destino al del arcipreste. "¡Si él no existiese para mí! Pero existe...". Existe, en verdad, para él, y con toda la agudeza del drama, pues le abandona en el hotel, avisándole por carta que se decidía a dejar el ejercicio de las órdenes.

Golpe duro en la esperanza del párroco! A pesar de todo, éste no podía admitir que el hombre que le había llevado tan lejos de la mediocridad común, no tuviese "*un camino de luz, y que al final no le esperase Dios aunque llegase allí despojado*".

Efectivamente, cuando las tinieblas parecían absolutas, se iba a rasgar el velo. Al orar en una iglesia, el arcipreste descubre una estatua de la Virgen que sonríe. Tiene un Niño en los brazos que esboza una sonrisa de repulsa e incomprensión: acariciaba un pájaro y éste le hirió el dedo. Pero la sonrisa de la Madre le insinúa la importancia del incidente, arrancándo-

le del absurdo de recibir una afrenta en pago de una caricia.

### Como a través del fuego

Esa sonrisa sugiere también al arcipreste la llave de su drama. Al final, lo único necesario no era comprender sino amar fielmente y permanecer en la Cruz repartiendo sin desánimo el pan y la palabra. Ahora percibía con gran lucidez que "*el peor escándalo es sin duda alguna el del sacerdote que pretende defender a Dios, asfixiándolo en las cintillas de sus egoismos. Y cuando más nobles son, más peligrosos resultan*". Hasta ese momento había sido "*un integrista que se ignoraba a sí mismo... no un redentor*"; llegó incluso a caer en el fariseísmo que condenaba en los otros. Ya todas sus ovejas podrían mejorar si las amase. El obispo, pacientísimo, fue bondadoso sabiendo esperar, como Dios, que nunca se precipita con los acontecimientos humanos desde su eternidad. Y si la gracia irrumpía de aquella sonrisa iluminada, la Virgen insinuaba además que le habían merecido "*todos los bautizados de su parroquia en su formulado deseo de Dios*"; los "fariseos" y el hermano de sacerdocio "*a su manera tímida y cálida*", que ofrecía la vida por él e iba a morir después de regresar del viaje. Este misterio solamente lo percibió cuando ejecutó su testamento. Fue entonces cuando descubrió este Diario al cual ponía el prólogo y que acababa con palabras suyas. Cuando le vio después de entrar en la región donde podría amar con el mismo impulso a Dios y a la naturaleza, recogió de sus labios las últimas palabras: "*Una sola Ley, un solo Amor, un mismo Sacrificio... yo no he hecho más que imitar. Sin efusión de sangre no hay redención*". Sólo entonces reconocerá que el gran sueño de Belleza y Sacrificio de su hermano de sacerdocio no había naufragado: se salvó pero como a través del fuego (1 Cor. 3,15).

### ¿Bernanos no ha comprendido?

Por el resumen que hemos hecho de este Diario de 470 páginas se nos ofrece margen suficiente para intuir las raíces que toman estas dos figuras sacerdotales de la tradición literaria anterior y adivinar la individualidad propia con que los reviste Montaurier. Pero el autor se pronuncia del modo más explícito por medio de su héroe que con tono brusco y decidido rechaza desde el principio todas las novelas sobre "curas": "No creo que llegue a ser alguna vez posible comprender el sacerdocio. Cuanto ha podido decirse o escribirse sobre él es falso, o tonto, o terriblemente incompleto... El mundo que sólo conoce a los sacerdotes a través de los novelistas, está en un error". Sin citar nombres, su ataque parece orientado hacia BERNANOS y sus epígonos que "perdieron su latín con este tema". Veamos por las referencias si la alusión se dirige al "Diario de un cura rural". "Cuántas veces me he divertido con los novelescos y sutiles análisis del sacerdote enfermo de espíritu y de corazón, para llegar a reconocerme en esos retratos deformes. El cristianismo no es una neurosis, ni el sacerdocio un estado clínico, ni el sacerdote un hombre cuya conducta interior dé materia de estudio a la psiquiatría". ¿Para qué presentarlo "disminuido por la gracia de Dios o algún oscuro demonio? ¿A qué viene ese diálogo entre el cura de edad y de buen sentido y "el cura joven, próximo al abismo..., desgarrado entre la teología y el Evangelio?"

¿Qué es lo que justifica ese tono adverso en el pensamiento de Edmundo Fleury? El mismo lo confesó en entrevista con el *Figaro Littéraire*: "Nosotros, los curas rurales, no nos reconocemos en los personajes de Bernanos... Eso no quita nada a la Grandezza del escritor... en cuya presencia me siento muy pequeño". ¿Cuál es la dificultad para que los curas vivos y reales no se puedan ver en las figuras del

gran novelista? Es porque él no se preocupó de crear imágenes objetivas, al alcance del común de los sacerdotes que en ellas se pudiesen reconocer. El presenta más el drama que la vida del sacerdote, y más que el drama la lucha entre Dios y Satanás. De aquí la tensión trágica de sus figuras que Bernanos coloca en momentos críticos de su ministerio, sin preocupación de darnos de éste una imagen global y perfectamente objetiva. En el mundo de este novelista sólo cabían santos o poseos de Satanás. De aquí la dificultad de que el común de los sacerdotes sintonicen con sus personajes. Sin embargo los sacerdotes de Montaurier, aunque aparecen en el pleno ejercicio de su ministerio sacerdotal y en todos los aspectos de la vida común de los curas, no dejan de estar influidos por el sobresalto dramático, quizá de modo más diluido en la extensión del libro, pero real y latente en todo él. Preocupado de huir las coordenadas de fuego de Bernanos y de darnos un cura más cercano a lo común, nuestro autor va a encontrarlo en aquello que constituye la trama ordinaria de su vida. Pero el tono profético e iluminativo del Diario le presta un estremecimiento que apunta la cicatriz dejada por el ilustre novelista en Jean Montaurier, pues se ve que iluminó su visión sacerdotal. Ni le faltan los temas comunes de la infancia espiritual, de la comunión de los santos, de la agonía, de la angustia frente a la aparente inutilidad del sacerdocio y a los atrasos de la Redención y las deficiencias de la Iglesia en sus miembros, los vértigos de querer salvar el mundo más deprisa que Jesús en la cruz.

Montaurier, sin embargo, no desfiguró a Bernanos como otros seguidores que han hecho del sacerdote un desesperado sin remedio, casi un renegado. La figura del arcipreste en esta novela, no es tan desgarrada por la desesperación; su fuga de la parro-

quia es simple prueba imaginada para mostrar el necesario paso a través del fuego.

## 2. ET ILS LE RECONNURENT (2)

El tono caluroso y confidencial de *Comme a travers le Feu...*, hacía sentir que el autor no había acabado con su mensaje. Pasados dos años, publica una nueva obra para alargar el ámbito de su testimonio en un interés más ampliamente humano. El cura aparece aquí también y con papel de relieve, pero ya no como personaje principal. Nos parece un *sosia* del novelista por medio del cual comprendemos la visión que un cura *en cuanto cura* puede tener del drama humano. Por la existencia que exigiría una referencia global al argumento del libro y nuestra escasez de espacio, nos limitamos a una alusión muy sintética, fijándonos sobre todo en la figura del sacerdote, para no salirnos del tema de este artículo.

### El tema

El libro verifica en la pequeña parroquia de Fontaine-au-Bois la profecía de Caifás: "*Es necesario que muera un hombre por todo el pueblo*", es decir, : en toda colectividad —en este caso una parroquia— hace falta que uno se sacrifique y muera por todos, para ser el Cristo de los otros y levantar la masa de la mediocridad o curarla de su pecado. La parroquia del P. Tessier necesitaba de ese redentor en la alternativa que tenía enfrente, cuando todo se conjugaba para aumentar de día en día la distancia que separaba a las ovejas del cielo. Sólo Dios conocía el acontecimiento que podría dar nuevo ritmo a su vida. Pero... ¿Dios para ellos sería algo más quizá que una leyenda pacificadora? ¡Qué gran desilusión si tuviesen que

admitir algún día que el Reino de los Cielos en nada se parecía a su parroquia!

Todo el drama de Martín, la víctima a preparar para el sacrificio, se va desarrollando en esta coyuntura de desolación espiritual del pueblo. Estropeado y reducido a la soledad, arrastra sus días como un peso ante la inquietud de todas las interrogaciones del futuro manejado por una tiránica voluntad: la de su cuñada María Teresa. Esta no era más que un espectro helado que todo lo ordenaba en la familia a su capricho. ¿Qué se podía esperar de aquel matriarcado ridículo, muerta ya la santa viejecita, tesoro precioso de todos y último reducto de respeto en aquella familia? Toda la gente preveía que el rostro despreciable e inexpresivo del pobre Martín no constituía ningún peligro para las maquinaciones de María Teresa. Pero, en cambio, sólo Dios conocía que en el sacrificio voluntario de Martín estaba la clave para el tedio desolador que empeñaba el alma de la gente como bruma pertinaz que barre las perspectivas. La guerra sorda no se hizo esperar y se imaginó en el reparto fúnebre en el cual Teresa arrancó de los otros familiares la decisión que condenaba a Martín a ir a vivir a un establo de animales. Fue el primer paso de un plan estratégico, refinadamente calculado. El nudo se iría apretando hasta eliminar de una vez al inocente. La farsa terminaría solamente cuando le internasen para arrebatarle la firma que lo despojase de sus bienes.

En el largo purgatorio de aislamiento, la única presencia humana con que puede contar es la de Lázaro, doméstico de la familia. En el pueblo llamábanle el "extranjero"; y tanto el *clan* cerrado de Fontaine como los componentes de aquella familia hacían que experimentase dolorosamente el peso de este apodo, cual estigma de un extraño. Había venido de Reno a traba-

(2) Plon, París, 1964

jar en Fontaine donde comenzaba a comprender, por las circunstancias que le rodeaban, que se había internado en la lenta pedagogía del amor, lejos de su Angela "bella como el azul pero terriblemente exigente". El juego purificador sería la dedicación a Martín —el desheredado de todo lo que fuese ternura y calor humano. A lo largo de sus encuentros fraternos, Lázaro decubrirá insensiblemente que aquel cuerpo deforme redundaba en favor de un alma noble, sensible, que tocaba en el centro de las cosas con rara lucidez.

El peso del secreto del corazón de Lázaro enamorado de Angela, de quien se veía alejado por la vida, hacía que su presencia fuese insinuante hasta el punto de dorar todo lo que le rodeaba y imponerse como atmósfera pacífica. Su influencia benéfica, conjugada con la ayuda clarividente del P. Tessier, habrá de conseguir el milagro que será luz de redención para el pueblo.

No será necesario que Martín firme su propia abyección, porque el sufrimiento que le tocaba basta helarle la personalidad en sus raíces, adquirió en él un sentido de proyección en la eternidad. Por el salto sobre el abismo se consiguió lo que no había alcanzado la *siniestra ronda* de María Teresa: fuerzas invisibles le arrastraban hasta dar la mayor prueba de entrega, sucumbiendo para defender la vida de su amigo Lázaro. Este y el cura han sufrido mucho, también, para engendrar un redentor. Pero lo habían conseguido levantar bien alto en la cruz como señal sobre las luchas de la familia y el letargo espiritual del pueblo.

Los bienes de este inocente fueron necesarios para hacer caer las máscaras. Por eso los ángeles habían conspirado hasta colocarlos como polvo en la balanza para hacerla inclinarse en la dirección del cielo.

#### El perfil sacerdotal de Tessier

A lo largo del libro, Montaurier encarna en este cura el poderoso esfuerzo del sacerdote para no dejar cerrar las perspectivas con la contracorriente de una cierta burocracia que le puede conducir a juzgar que no "ha partido para una aventura sino para una administración". Se transparenta en él la gran responsabilidad de ser todos los días un doloroso enigma en su misión de ministro da la inquietud; refleja su opción radical bajo los brazos dominadores de la Cruz, para conseguir mantener la pureza del fuego bajo la ceniza de tanta insensibilidad y embotamiento de las almas. Pero este fino recorte en el perfil sacerdotal no se nos da, una vez más, en las coordenadas de fuego bernanosianas. Se diseña espontáneo, en la humildad de las situaciones anónimas, que conspiran en un conferidor del buen quilate sacerdotal.

Relativamente a "*Comme a travers le feu*"... acentúa con más insistencia la solidaridad humana en la mútua redención señalando cómo hay almas escogidas de modo misterioso para ser camino imprescindible: Dios les exige tanto que las trabaja hasta hacer de ellas escalas por donde otros suban a las estrellas. Sólo entonces los otros LE RECONOCEN en esas almas como su redentor...